

MAS TEMATICA Y MENOS PROBLEMATICA EN LA EXEGESIS
BIBLICA. UN TESTIMONIO DE BOSSUET

POR

DAVID GONZALO MAESO

EN la historia de la Exégesis escrituraria, que comienza con los Targumes y la Mišná entre los judíos palestinenses, y con Filón de Alejandría entre los helenistas, por no decir desde la Septuaginta misma, ya que toda traducción implica una exégesis, y sigue y seguirá siendo cultivada en su perenne actualidad por judíos y cristianos, se han manifestado muy diversas tendencias, aunque orientadas todas hacia una misma meta esencial: la elucidación del texto escriturario. La dificultad de comprensión de éste y su inexhausta riqueza de sentido, por un lado, y la constante mutabilidad humana, con su inevitable secuela de teorías, opiniones, puntos de vista, por otro, han determinado esa variedad de escuelas y tendencias que forman un conglomerado multiforme a lo largo de los siglos.

Señalan los autores en la historia de esa Exégesis, tras el declivio de dos siglos —mitad del XVII a mitad del XIX— que sucedió al siglo de oro de la misma (1563-1663), una época de restauración de los estudios bíblicos, cuyo inicio arranca del Concilio Vaticano I (1870), es decir los últimos cien años, pero con particular relieve, amplitud e intensidad en los postreros decenios. Efectivamente, en nuestros días se observa una ver-

dadera efervescencia en las distintas ramas de la Escriturística y ediciones de la Biblia a todas las lenguas cultas, y, por lo tanto, también, y sobre todo, en la exégesis. Dentro de esos variados panoramas, podríamos preguntarnos cuál es hoy día la tendencia predominante.

Dada la expansión ecuménica que es gala de la cultura actual, quizá fuera lo más prudente contestar son muy diversas las escuelas, teorías y sistemas; con todo, cabría señalar como dominante la basada en la crítica y erudición, el planteamiento de *problemas* de todas clases, textuales, literarios, filológicos, históricos, arqueólogos, teológicos: en suma, una amplísima *problemática*, que, a veces, no va más allá de la formulación de cuestiones, hipótesis o juicios, sin detenerse en barreras ni consideraciones de ninguna clase, llegando —tal podría pensarse— hasta conmover las columnas del templo.

Mal sistema nos parece éste de promover a la ligera, sin freno ni respeto a lo más sagrado, graves problemas, al socaire de una ciencia, o seudociencia, demasiado presuntuosa, demasiado humana, tratándose de un Libro divino. Lo peor es que no pocos exegetas, lanzados por ese arriesgado camino, descuidan y hasta olvidan el fin primordial de toda exégesis, cual es el esclarecimiento del texto escriturario para la enseñanza y aprovechamiento espiritual en todas sus facetas, razón principal por la que nos fueron dadas esas Escrituras (Rm 15^a).

En consecuencia, aun reconociendo los valores positivos que esos trabajos, tantas veces meritísimos, puedan encerrar, pero precaviéndonos también contra el desbordamiento y exageración, que es su gran tacha, levantaríamos la bandera de una más sensata y valiosa orientación, que no es nueva, sino más bien la auténtica y fundamental en el estudio de las Sdas. Escrituras, con este *slogan*: “¡Más temática y menos problemática en la exégesis bíblica!”.

Rogamos al lector culto no se ofenda si, en atención a los menos versados y con el fin de precisar todo lo posible los conceptos y aseveraciones, recordamos que *temática* es el “conjunto de los temas parciales contenidos en un asunto general” (Dic. Acad.), es decir, aspectos diversos, con un orden de prioridad y preferencia a favor de los esenciales y básicos en la materia, que en nuestro caso se sitúan dentro de la exégesis

interna; y *problemática* es el “conjunto de problemas pertenecientes a una ciencia o actividad determinadas” (Id, Supto., 2.^a acepción), o sea, las infinitas teorías, disquisiciones, hipótesis que cabe plantear en torno a tal ciencia o rama del saber, con harta frecuencia de un valor meramente secundario, marginal, de importancia muy relativa, por grande que sea el empaque con que se las presenta, y con preterición de lo esencial, sobre todo cuando pertenecen a la exégesis externa. Contra esta Problemática desorbitada y funesta queremos alzar nuestra protesta, o, al menos, clamar por que se reduzca a más razonables límites. ¡*Ne quid nimis!*

Siguiendo la susodicha paronomasia, aun añadiríamos: “más meditación, y menos mediatización”; puesto que, a menudo, lo único que se consigue con esas hojarascosas disquisiciones y planteamientos es influir perniciosamente en el ánimo del lector, sembrar inquietudes en su alma, difíciles de desarraigar, que coartan y hasta retrotraen tal vez su interés y devoción por la lectura reposada, luminosa y fecunda, que es la que realmente aprovecha.

Esa Problemática tan desaforada, de tanta arboladura, ha tomado tales vuelos y alcanzado tan desmesurado desarrollo, que bien puede aplicársele, en relación con la genuina exégesis del texto escriturario el trillado simil de que “los árboles impiden ver el bosque”, y no solamente esto, sino que desvian la atención de lo esencial a lo puramente accidental, de lo útil hacia lo fútil, de lo principal hacia lo trivial, de lo seguro hacia lo quimérico, de lo eterno hacia lo pasajero. Llevada a esos extremos, como tantas veces ocurre y salvando, repetimos, sus aceptables valores, su utilidad, desde no pocos puntos de vista, queda tan mermada y es tan discutible que puede resultar más bien hasta contraproducente.

No hemos de hacer aquí una exposición de los excesos y hasta desvaríos de esa Problemática. Todos cuantos en algún grado se ocupan de la Biblia y buscan con prolijo empeño su mejor conocimiento habrán podido comprobar la veracidad de nuestros asertos y lamentar tales descarríos, aun cuando se los quiera presentar con todos los arreos y arrequives de la erudición. La Bibliografía bíblica crece desmesuradamente con esas aportaciones, pero no por eso se acrecienta el amor y co-

nocimiento de la Escritura. Más bien ocurre con frecuencia que todas esas cuestiones baladíes en el fondo u ociosas, tal vez hasta irreverentes, obnubilan la nitidez de los relatos o enseñanzas bíblicas. El resultado de esa desviación es lo que Horacio censura cuando afirma que los malos escritores lo único que consiguen es dar *fumum ex fulgore*, y ¿qué mayor *fulgor* que el de la divina Escritura, ni peor *humo* que el originado en torno a esa luz inmarcesible mediante fantásticas lucubraciones?

Reflejo quizá del desasosiego general que en nuestros días aqueja a la humanidad, y del cual no se libran los sabios, prueba de que no se ha conseguido la “tranquilidad del alma”, predicada por Séneca y mucho antes que él y con mucha mayor autoridad y más elevadas razones por la divina Escritura, como uno de los frutos más apetecibles de la verdadera Sabiduría, la actitud más frecuente hoy día al tratar de una cuestión científica cualquiera es plantear *problemas*, que no siempre se resuelven satisfactoriamente, y en cambio siembran el desconcierto en la mente y en el corazón. Pero dejemos el campo anchuroso y abigarrado de los humanos y limitémonos al más sugestivo y valioso de los pensables bíblicos.

También en esta área se acusa análoga tendencia, como antes hemos indicado. Bien está el noble afán de ahondar en el sentido y misterios del sagrado texto, pero debería tenerse muy en cuenta la sabia admonición preventiva del Eclesiástico cuando recomienda:

“Lo que está sobre ti no lo busques, y lo que está sobre tus fuerzas no lo procures. Atente a lo que está a tus alcances y no te inquietes por lo que no puedes conocer. No te obstines en hacer lo que no puedes, pues mucho es lo que ante ti está, que podrás entender. A muchos extravió su temeridad y la presunción pervirtió su pensamiento” (Eclo 3²²⁻²⁶).

La Ciencia de hoy, en todas las ramas, recogiendo y aprovechando el trabajo multimilenario de las pasadas generaciones —deuda que con frecuencia parece desconocerse u olvidarse—, ha logrado asombrosas conquistas que es de justicia

reconocer; pero no está inmune del grave pecado de la soberbia y presunción, con sus fatales consecuencias. El símbolo bíblico, tan expresivo en su sencillez, de la Torre de Babel, “torre de la confusión de la lengua”, que es tanto como decir de la mutua comprensión e intercomunicación humana, según la calificación del mismo texto escriturario (Gn 11⁹), se cierne como un espectro fatídico sobre la humanidad actual. La razón es que “han abandonado a Dios, fuente de aguas vivas, para excavar cisternas agrietadas” (Jr 2¹³). “Abandonaste la fuente de la sabiduría —dice Dios a su pueblo y en él a toda la humanidad—. ¡Si hubieras caminado por la senda de Dios, habitarías en perpetua paz! Aprende dónde está la prudencia, dónde la fortaleza, dónde la inteligencia..., dónde la luz de los ojos y la paz” (Br 3¹²⁻¹⁴).

Quizá no sea ociosa una advertencia. Nadie pensará que entre los abusos de esa Problemática escrituraria que censuramos figuren los comentarios, en sus diversas formas, al texto bíblico (notas, excursos, explicaciones diversas), útiles y hasta necesarios para la recta inteligencia de un libro —más bien diríamos toda una literatura— que por múltiples razones nos resulta “tremendamente difícil” de entender, salvo que en ellos se incurra en los defectos apuntados, insertando cuestiones marginales u ociosas.

Pongamos un ejemplo: la autoridad o la data de tal o cual libro del canon escriturario, detalles que, si son fáciles de averiguar con toda seguridad, indudablemente nos pueden ilustrar para la mejor comprensión del libro en su conjunto o detalles. Pero, de todos modos, no dejan de ser datos secundarios, y por tal motivo el sabio teólogo salmantino Melchor Cano, del siglo XVI, nos da una pauta general certera con este dictamen tajante: “Poco importa a la fe católica que tal libro (*de la Sda. Escritura*) sea de éste o aquél escritor, admitiendo fue el Espíritu Santo su verdadero autor”.

Otro problema: la debatida cuestión acerca de la composición del Pentateuco y la hipótesis —para muchos hoy día casi verdad inconcusa— de los documentos o fuentes, sobre la cual hemos formulado nuestro modesto parecer en más de una ocasión. Mejor que utilizar tan excesivamente como se viene haciendo, sin base suficiente ni razones convincentes, a nuestro

juicio, no ya sólo con respecto a cada uno de los llamados “Cinco libros de Moisés”, sino incluso capítulos, fragmentos, versículos de cada uno, será admitir como fundamental la gran antigüedad del texto y sus varios redactores, a base de prístinas tradiciones y variadas composiciones, religiosamente conservadas y transmitidas en el decurso de muchos siglos. Lo importante no es tanto la fijación de fechas y autores —tarea imposible, por otra parte— en su progresiva elaboración hasta la recensión definitiva que nos ha llegado, o la resolución de cuestiones particulares, a veces de poca entidad, sino su contenido admirable y multiforme, la sublimidad de sus enseñanzas.

Poco importa, en realidad, o es de interés muy secundario la teoría, perfectamente admisible, de que el Pentateuco, en su conjunto, tal como se nos ha transmitido desde tiempo inmemorial, misteriosamente y formando un bloque sólido, indestructible —*mole sua stat!*—, sea el resultado final de una estructuración de antiquísimas tradiciones, poemas, historias, genealogías y leyes ancestrales, conjuntadas en una obra complejiva que no tiene par en la literatura universal, puesta, para mayor dignidad y hasta unidad literaria, bajo el nombre augusto de Moisés, creador indiscutible de la nacionalidad hebrea y supremo legislador de Israel, a quien, además y sobre todo, corresponde parte no exigua en la composición de la Torá y cuya figura se proyecta con perfiles gigantescos en los cuatro últimos libros.

La época de su elaboración progresiva abarca seguramente varios, bastantes siglos hasta su redacción definitiva, ya inalterable, y la de las viejas tradiciones, elementos más antiguos entre los que integran el Pentateuco, tal vez abarquen de diez a quince siglos hasta dicha estructuración final.

A pesar de lo que antecede, reconocemos sinceramente los meritísimos esfuerzos llevados a cabo por la sana crítica que ha costado llegar a la satisfactoria situación presente, en éste como en tantos otros puntos cardinales o destacados de la exégesis bíblica, por el arraigo extraordinario que tenía desde hace tres milenios la atribución lisa y llana de Moisés, sin parar mientes en las innegables dificultades y espinosos problemas que esto suponía. Justo es, en consecuencia, agradecer los denodados trabajos de toda índole y hasta enconadas contiendas

que hubieron de aguantar tantos estrenuos operarios de la viña del Señor. Por otra parte, tampoco sería razonable inculpar por su exagerado o mal entendido respeto a una tradición perpetuada de generación en generación en pro de la íntegra paternidad mosaica del Pentateuco, a judíos y cristianos. Lo esencial es aprovechar las lecciones del pasado y no incurrir en nuevos errores o exageraciones, dando bandazos de izquierda a derecha, que es lo que censuramos.

El sistema de evitar hipótesis abusivas o caprichosas y teorías sin base sólida o intrascendentes sobre temas bíblicos, que propugnamos, puede hacerse extensivo también a los pasajes difíciles u oscuros del texto. Tal es el consejo que como testimonio de su propio método y experiencias recomendaba Bossuet, uno de los más profundos y agudos escrituristas de todos los tiempos. Ignoramos si entre lo mucho que sobre él y sus obras se ha escrito hay alguna monografía que se centre en esa faceta fundamental de su personalidad. En caso negativo, sería una laguna imperdonable, que siempre es tiempo de llenar. Comoquiera que sea, en los diversos estudios en torno a esta gran figura, "el alma del siglo de Luis XIV", "discípulo de la Biblia más bien que del filósofo Descartes, e hijo de los profetas hebreos" (Demogeot), y biblista de tal envergadura que la Sda. Escritura forma como la urdimbre de sus discursos" (Id.) y bien pudiéramos añadir de todos sus escritos, se hace constar la capital importancia que en la formación intelectual, en la estructura íntima de sus discursos de todas clases, en su vivencia personal y pastoral representa la Biblia y los principales Doctores de la Iglesia, cuyos escritos son fundamentalmente una magna exégesis escrituraria.

De él escribe uno de los muchos que han estudiado su vida y obras: "Consiguió tal conocimiento de la Biblia que en sus sermones la cita escrituraria viene siempre a propósito, sin ser buscada, y se incorpora tan perfectamente al concepto que apenas se la reconoce" (J. Calvet, *Oeuvres choisies*, París, 1919). "De la Escritura sacó ese profundo conocimiento de las verdades cristianas que admiramos en sus discursos", leemos en el Proemio de sus *Sermones* (Edic. Migne, t. XXIV *des Orateurs chrétiens*, 1863 (col. 38).

He aquí la opinión del gran orador acerca de la actitud

más prudente que debe adoptarse, al menos por la masa general de lectores de la Sda. Escritura, ante los pasajes de especial dificultad. El texto está tomado de un escrito descubierto en 1855, que Bossuet dirigió al Cardenal Bouillon, a petición del mismo al ser promovido al cardenalato (5 de Agosto de 1669), acerca de la predicación.

“El primer requisito, y base de todo, es conocer perfectamente las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento. El método que yo he seguido en su lectura es fijarme primeramente en los bellos pasajes que se entienden, sin preocuparse de los oscuros¹. Por este procedimiento se llena el espíritu de toda la substancia de las Escrituras. Como acertadamente afirma San Agustín: ‘los lugares oscuros no contienen otras verdades sino las de los claros’. Las razones son diáfanas, pero largas para deducirlas. Los pasajes claros son los más bellos, y si yo tuviera que formar a alguien desde la infancia, a mi gusto, me agradaría hacerle escoger diferentes lugares bellos de la Escritura y hacérselos leer con frecuencia, hasta que se los supiera de memoria. De este modo se aprenderá sin duda lo más hermoso, y después se pasará a las dificultades...”.

“Cuando se tropieza con dificultades que no están explicadas, yo aconsejaría pasar adelante. Se puede ser muy sabio sin saberlo todo, y nunca se acaba de saberlo todo en este Libro. Por lo demás, he visto por experiencia que cuando uno se empeña obstinadamente en penetrar los lugares oscuros, sin pasar adelante, se gasta en cuestiones difíciles el tiempo que habría que dedicar a las reflexiones sobre lo que está claro; y eso es lo que forma el espíritu y alimenta la piedad. Hay que resolver una dificultad, sin impa-

¹ El mencionado J. Calvet aclara en nota al pie: “Bossuet habla aquí a un predicador, y el consejo rebosa buen sentido. Sin embargo, las necesidades de la controversia le llevarían pronto a preocuparse de los pasajes oscuros”.

ciencia, y después otra, pero, sobre todo, procurar con todo empeño asimilarse lo que se ha encontrado más claro y cierto.”

Muy aleccionador es asimismo lo que añade respecto a los *comentarios*, de especial actualidad en nuestros días:

“No deben leerse los comentarios sino cuando se encuentra alguna dificultad, pues suelen ir atiborrados de una porción de cosas superfluas, quizá con razón, si se tiene en cuenta la diversidad de espíritus y, por consiguiente, de necesidades. Pero, para encontrar lo que nos es propio, solamente debemos buscar nuestra ilustración allí adonde nuestro espíritu nos inclina.”

El pensamiento y consejos de Bossuet están perfectamente claros, y no precisan comentario. Diremos, no obstante, que las consideraciones precedentes no han de interpretarse en modo alguno en el sentido de que sistemáticamente se vayan orillando todas las dificultades que puedan presentarse en la lectura o explicación del texto escriturario, sino solamente que no deben servir, máxime cuando parezcan insuperables o de ardua y prolija explicación, de piedra de tropiezo, que exija un esfuerzo tal vez baldío, con mengua del fruto abundante que puede sacarse de la lectura, meditación y paladeo de los lugares más sencillos, que sin duda alguna serán siempre los más numerosos. En definitiva se previene contra otra forma de Problemática, más frecuente y más al acecho del amante de la Sda. Escritura, en cualquier capítulo de ésta.

En conclusión, el obstinado empeño en excogitar novedosas teorías o plantear cuestiones que exceden la capacidad humana, o carecemos de los datos imprescindibles para su plena elucidación, ha desviado en ocasiones, quizá más en los últimos tiempos, la atención de los escrituristas, levantando montañas de escritos que más bien han obstaculizado la nítida y serena contemplación de los horizontes bíblicos. Sin embargo, la Sda. Escritura es un mundo de verdades y bellezas, un tesoro inagotable, donde por mucho que descubramos, siempre quedará más,

y son de tal categoría esas riquezas que, como dice San Juan Crisóstomo, “basta obtener una pequeña parte para poseer con ella un caudal inmenso”. Y añade: “Una sola palabra de la Sda. Escritura nos proporciona a veces pensamientos inexhaustos que exceden toda ponderación. Son, por lo tanto, las divinas Escrituras no sólo un tesoro, sino también una fuente, que jamás se seca, sino que, por el contrario, mana siempre con abundancia.”